

Pensar la educación.

Una reflexión desde la Antigua Grecia

Prof. Gastón Hernán Guevara

Gastón Hernán Guevara
Profesor en Ciencias de la Educación
Auxiliar de Primera - Universidad Nacional de San Luis
gastonhguevara@gmail.com

Resumen

Quienes nos encontramos inmersos en el ámbito de la educación, muy pocas veces nos preguntamos sobre la naturaleza de la misma, es decir, la interpelación acerca de qué es la educación pasa desapercibida, como si fuera algo que no necesita de nuestra reflexión. Más aún, las consideraciones históricas y filosóficas son en muchos casos rechazadas por las cuestiones relativas a la urgencia y utilidad económica. Consideramos que esto es sumamente grave, porque la cultura, como manifestación del espíritu de los pueblos, se transfiere por medio de la educación. Por tal motivo penetrar en las consideraciones filosóficas e históricas del acontecer educativo puede ayudarnos a dar un poco de luz a la acuciante actualidad; pues, a lo largo de la historia, siempre se han ensayado respuestas a las cuestiones más apremiantes. Siguiendo ésta idea, y siendo nuestro pasado incommensurable, es oportuno y conveniente repensar nuestra tradición educativa en sus cimientos, que es, a nuestro juicio, la grandiosa –aunque en decadencia– Grecia de los siglos V y IV a.C.

Nuestro objetivo consiste en seguir la huella de la unión histórica, íntima y espiritual que nos une con esta cultura, que es la nuestra, mostrando lo necesario que se hace retornar a las fuentes para buscar allí respuestas a la difícil situación actual. No intentamos hacer de la cultura griega un ídolo intemporal, ya que como toda época pudo tener sus yerros, pero quien demore la mirada sobre ella no dudará en comprender que su cultura, su educación, su filosofía, poseen carácter paradigmático.

Palabras clave: Educación, Cultura, Filosofía, Antigüedad.

Abstract

The nature of education is not a frequent query among the ones who are involved in education; the question 'What is education?' always seems to pass by unnoticed, as if we needed no pondering upon it. What is more, philosophical and historical deliberations are most of the time discarded over usefulness and urgency. This is a serious matter, since culture, with the manifestation of the spirit of peoples, is transferred by means of education. Therefore, comprehending the philosophical and historical considerations of education can help us to put some light on current educational issues. There have always been different answers to the most pressing questions. In this respect, and considering how incommensurable past is, we believe it is convenient to reflect and place our educational tradition on its groundwork, which is, in our perspective, the great Greece of centuries V and IV B. C.

It is our main goal to trace back our historical relation with this culture, as well as to demonstrate how necessary it is to return to fundamentals to find the answers to current issues. It is not our intention to depict Greek culture as an eternal idol, we are aware of the numerous errors throughout their history. However, we must certainly acknowledge the features of Greek education, philosophy and culture as paradigmatic.

Keywords: culture, education, philosophy, seniority

Pensar la educación.

Una reflexión desde la Antigua Grecia

Prof. Gastón Hernán Guevara

Introducción

En la historia del pensamiento occidental, el estudio de la educación ha revestido siempre gran importancia y ha interesado a las inteligencias más preclaras de todas las épocas, lo cual lleva a afirmar que investigar en periodos históricos pasados *"...no se trata de una pura curiosidad arqueológica sino de una necesaria iluminación de los problemas actuales mediante el estudio de sus orígenes y de las soluciones ensayadas en el curso de los siglos"* (Abbagnano- Visalberghi, 1988, p. 9). Rastrear las formas mediante las cuales se manifestó la educación a lo largo de la historia no es puro pasado, sino un pasado que pervive en el presente, ofreciendo una vía de reflexión sobre lo actual, porque el presente no es algo abstracto, sino que tiene su razón de ser en algo anterior a él.

La educación presenta una característica especialmente destacada: *"...es el principio mediante el cual la comunidad humana conserva y trasmite su peculiaridad física y espiritual"* (Jaeger, 2010, p. 3); es decir, más que ningún otro proceso cultural arrastra consigo toda la tradición de su pasado, la proyecta en el presente y ayuda a ponerse en contacto con todo un patrimonio espiritual vastísimo, cuestión de vital importancia para poder entender el pequeño espacio que ocupamos en la historia. Siguiendo esta convicción, y con la necesidad de renovar los vínculos que nos unen con un pasado y una tradición propia, pues, *"...no hay libertad sin la posibilidad de religar con una tradición identificatoria que nos viene del pasado"* (Coutel, 2006, p. 16), hemos optado reflexionar acerca de la educación *en y desde* la filosofía antigua, la cual nace y se desarrolla en la cuna de nuestra civilización occidental, la Antigüedad Clásica Griega, indagando en los periodos comprendidos entre el siglo V y IV a. C., que abarca la etapa antropocéntrica o humanista que tiene como protagonistas a los Sofistas y sobre todo a Sócrates -quien por primera vez intenta definir la esencia del hombre (Cfr. Reale-Antiseri, 1995a, p. 33)-. También es el momento de las grandes síntesis de Platón y Aristóteles. Nuestra atención se centrará en los siglos ya nombrados, lo que no excluye el hacer mención a otras etapas que merezcan atención respecto de nuestro tema.

I. GRECIA: COMIENZO DE NUESTRA CULTURA

Se ha discutido largamente si es justo hacer comenzar la filosofía y la cultura como tal con la civilización griega, dejando de lado las más antiguas civilizaciones orientales (Cfr. Marrou, 1985. Jaeger, 2010, Reale-Antiseri, 1995a). Si bien no puede dudarse que en estas ancestrales civilizaciones orientales se puede encontrar un rico caudal de sabiduría, sólo

en Grecia, la razón, liberada del armazón mítico-mágico¹, fue utilizada como un medio adecuado para penetrar la realidad; y aquello que, con plena conciencia, podemos denominar nosotros *cultura*, no comienza antes de los griegos (Cfr. Jaeger, 2010, p. 4. Reale-Antiseri, 1995a, p. 21).

Antes de seguir avanzando, se presenta ineludible analizar y reflexionar acerca de dos términos que de continuo vamos a hacer referencia en este escrito y que es necesario que se entienda el sentido que le vamos a otorgar: *comienzo* e *historia*. Estos dos conceptos nos permitirán comprender con mayor seguridad la estrecha relación espiritual que nos une con la Antigüedad Griega.

Cuando aquí se habla de "comienzo" no significa tan sólo comienzo temporal, sino también "*origen o fuente espiritual*" (Jaeger, 2010, p. 5.). De esta fuente mana en todo tiempo el impulso que mueve a filosofar y que, como dice Jaeger, en todo grado de desarrollo hay que volver para hallar una orientación (Cfr. Jaeger, 2010, p. 5.). Este retorno a Grecia, esta espontánea renovación de su influencia no significa que le hayamos conferido, por su grandeza espiritual, una autoridad inmutable. Pero sin ella no podríamos entender la Antigüedad como unidad histórica ni el mundo de la cultura occidental (Cfr. Jaeger, 2010, p. 5.). Por ello, el fundamento de nuestro retorno se halla en nuestras propias necesidades vitales. Porque para comprender las cosas –para comprendernos hoy– hay que verlas desarrollarse, hay que tomarlas desde su nacimiento (Hadot, 1998, p. 12).

De la misma forma, debemos explicar de qué manera se emplea el término historia:

"...es preciso distinguir la historia en sentido casi antropológico, de la historia que se funda en una unión espiritual viva y activa y en la comunidad de destino. [Por este motivo] 'nuestra' historia no podrá traspasar nunca la antigüedad de aquellos que hace algunos milenios trazaron nuestro destino" (Jaeger, 2010, p. 5).

Lo que acabamos de exponer nos permitirá comprender por qué la civilización occidental, bajo el impulso de los griegos, asumió una dirección propia, completamente distinta a la oriental. La propagación de la civilización fuera del mundo griego, a Roma y al mundo latinizado, entraña trasposiciones y adaptaciones de importancia secundaria, pero lo esencial se mantiene presente y abarca una larga serie de siglos: todo el período helenístico. La afluencia de la savia romana supondría más o menos una prórroga de su existencia, que luego se ve interrumpida con las invasiones bárbaras y la desaparición de los cuadros políticos del Imperio Romano. Mientras tanto, el medio monástico, comenzaba, recobraba, protegía y prolongaba la civilización griega, pasada ya por la pila bautismal, que debía conducir a un nuevo tipo de educación, aquel que dominará durante el medioevo occidental (Cfr. Marrou, 1985, p. 8-9. Hadot, 1998, p.12. Jaeger, 2010, p. 373).

En razón de ello en la cultura de occidente se establece una unidad histórica, una comunidad espiritual entre los pueblos de occidente, que hunde sus raíces en la Antigüedad clásica, es decir, *comienza* con los griegos (Hadot, 1998, p.12). Estos fueron creadores de un estilo y de una visión artística espléndida en todos los ámbitos: arquitectura, música, poesía, política; con ellos nace como tal la *philo-sophia* (Hadot, 1998, p.12), y con ella

"...se despliega de la manera más evidente la fuerza que se halla en la raíz del pensamiento y el arte griegos, la clara percepción del orden permanente que se halla en el fondo de todos los acaecimientos y cambios de la naturaleza y de la vida

humanas" (Jaeger, 2010, p. 10).

Aparece por primera vez un planteamiento donde se concibe a la realidad asequible a la razón, y a esta como el instrumento adecuado para lograr una concepción del Universo. Es también en Grecia, a pesar de no poseer una tecnología y una ciencia empírica como la actual, donde supieron estudiar al hombre, en ciertos aspectos, con más profundidad que hoy en día y gracias a ellos *"...hoy disponemos de claves imprescindibles para entender al ser humano en toda su hondura"* (Martí García, 2006, 110).

En el caso de la educación, y en íntima conexión con lo que venimos expresando, lo cual supone que una civilización, en este caso la griega, haya alcanzado primero su forma propia antes que pueda engendrar la educación que habrá de reflejarla (Cfr. Marrou, 1985, p. 9), buscaron educar de acuerdo a un contenido luminoso e ideal que se alimentaba del compromiso cotidiano con el propio perfeccionamiento y que conquistó espiritualmente el mundo occidental y que persiste hasta nuestros días de manera latente: la *Paideia* (Cfr. Jaeger, 2010, p. 388). Este ideal no se limita a un determinado tipo de formación intelectual, sino que es sobre todo un ideal de vida que pretende formar al hombre en su totalidad en relación con su Polis. Debido a que *"...consideraban que la persona dotada de un conocimiento profundo de la realidad era, al mismo tiempo, la persona liberada, feliz, y el modelo de la plenitud del potencial humano"* (Cavallé, 2012, p. 10). Esto hace que el pensamiento griego sea, en cierto modo, siempre joven.

Muchas veces sus lecciones son aprendidas, otras muchas, son olvidadas, pero no hay lugar a dudas que la Antigüedad Griega *pervive* en el presente, pues, su espíritu fue el que infundió vida a todo Occidente, enseñando el sentido de la superioridad de los valores espirituales sobre los de cualquier otra especie y el sentido de la dignidad y nobleza del hombre. Esta pervivencia, esta "segunda actualidad" que existe en el presente nos brinda un acceso a la actualidad pasada y nos permite mostrar las relaciones con el tiempo que nos toca vivir.

A toda esta tradición se puede y se debe recurrir como a una fuente, para beber del *"...espíritu del pueblo griego, estrechamente vinculado al nuestro"* (Jaeger, 2010, p. 7). Esto se muestra inevitable

"...ante el panorama que se nos presenta, pues, en el momento actual, cuando nuestra cultura toda, conmovida por una experiencia exorbitante, se halla constreñida a un nuevo examen de sus propios fundamentos, se plantea de nuevo a la investigación de la Antigüedad el problema, último y decisivo para nuestro propio destino, de la forma y del valor de la educación clásica" (Jaeger, 2010, p. 16).

Examinar los fundamentos de la propia cultura en la actualidad es la actitud propia del filosofar. La razón es muy simple: el acto de filosofar es inseparable de la situación concreta, es asumir desde dentro los problemas de semejante situación. Sería, pues, absurdo e imposible pretender pensar, filosofar, haciendo abstracción de nuestra actual situación concreta. Viendo lo que se nos presenta en la realidad, es válido y, en muchas ocasiones necesario, ir a las raíces mismas de esos fundamentos de nuestra cultura; y esos cimientos son tan profundos que hay que rastrearlos hasta el siglo V y IV a. C.

Los atenienses de entre finales del siglo V y principios del IV a. C., tuvieron conciencia de saberse plenamente en la banca rota general, moral y espiritual (Cfr. Jaeger, 2010, p. 383). Recordemos que en esta época las Polis griegas se vieron envueltas en gran cantidad de guerras, la más importante, obstinada y sangrienta de ellas, *"...que cerró el siglo de*

mayor florecimiento" (Jaeger, 2010, p. 383), "...significó virtualmente el fin de la ciudad estado como una fuerza creadora que adaptaba y conformaba la vida de todos sus ciudadanos" (Kitto, 1984, p. 209) y selló el destino de Atenas, y de toda Grecia, fue la Guerra del Peloponeso -431-404 a. C., pues con ella se quebrantó la fe de los griegos, que es la peor de las derrotas. La 'maestra de la Hélade' como la llamó Pericles, la ciudad bajo cuya dirección y ejemplo se había salvado el mundo griego del vasallaje, del yugo del imperio persa, sucumbía entonces, tras muchas alternativas de glorias y fracasos, a manos de sus rivales espartanos.

Este es el escenario donde se pone de relieve un drama histórico entre cuyos personajes se destacarán los sofistas y Sócrates. Ellos harán girar la polémica en torno al conocimiento, la educación, la política y fundamentalmente la moral. A partir de aquí la mirada se direccionará hacia el propio hombre, siendo uno mismo fuente de estudio e interés: se pondrá énfasis en el sentido de su vida, su papel en la comunidad y en los fines últimos que debía proponerse. Si bien estos personajes en pugna llegan resultados diferentes, la vieja idea de *areté* (virtud) ocupa nuevamente el lugar central de los debates.

Con el siglo IV a. C. se inicia un período de reconstrucción interior y exterior. Frente a los muros abatidos de su ciudad, abandonado por sus dioses y después de haber perdido todos los bienes de este mundo – el estado, el poder, la libertad–, el hombre griego trata de buscar en vano, ante un mundo ilimitado y un cielo desolado, algo a qué asirse y con relación a lo cual organizarse y ordenarse: "...mas no halla otra solución que la de recluirse en sí mismo, buscar en sí mismo el principio de su propia realización" (Marrou, 1985, p. 295). Y este principio, este ideal es un bien que nadie puede arrebatarse al hombre, y es la *Paideia* (Jaeger, 2010, p. 373). Es así que ese estado de agonía permitió que

"A través de las tinieblas cada vez más espesas del desastre político, se revelen en su ámbito, como conjurados por las exigencias de la época, los grandes genios de la educación [...], para determinar el carácter de la verdadera educación y de la verdadera cultura" (Marrou, 1985, p. 373-374).

Ahora bien "...si el mundo presente está lo suficientemente rico y satisfecho de sí" (Coutel, 2006, p. 25) ¿Tiene sentido pensar la Antigüedad? ¿Vale como modelo a imitar el espíritu griego? Estas preguntas surgen a razón de los muchos que "...han tratado de cancelar el pasado [...], y sostuvieron que el mensaje de la antigüedad tendría que convertirse en una pieza de museo" (Reale, 2000, p. 18). Admitir esto implicaría reconocer, erróneamente, que los griegos no han tenido mérito alguno en la historia de la civilización occidental. Convenir con este argumento es dejar secar el árbol, es cortarlo desde sus mismas raíces y, por tanto, bloquear la savia vital de nuestra propia existencia. Es, en definitiva, "...denegación de toda filiación y el desprecio del pasado" (Coutel, 2006, p. 39).

En nuestro tiempo la Antigüedad, y el pasado en general son claramente desprestigiados. La excluyente actualidad en la que vivimos nos incita a ignorar nuestra herencia cultural y censurar nuestras conversaciones con los hombres que nos precedieron. Esto es una de las consecuencias del "...mito del Progreso unilineal de las ciencias y técnicas [que] es aplicado mecánicamente a todos los dominios volviendo inútil el estudio del pasado" (Coutel, 2006, p. 34). Existe una intención, siguiendo a Coutel, de hacer del pasado tabla rasa y del presente la utopía al fin devenida, esto

"...fragiliza ipso facto toda idea de cultura, definida como conciencia de una herencia, y toda idea de escuela, definida como lugar de trasmisión. Si el presente es perfecto, recordarse, cultivarse, estudiar y aprender devienen accesorios e

inútiles" (Coutel, 2006, p. 42).

Esta situación afecta en particular a los jóvenes que no pueden evadir la pura actualidad y se encuentran inmersos en un frenesí interminable. Por ello se hace imperioso otorgarles la posibilidad de encontrar la puerta, siempre abierta, que nos vincula con nuestra historia. Es propio del filosofar hacer un paréntesis en la ordinaria vida del neg-oicio. Por lo que el argumento expuesto más arriba enrostra a la filosofía, y en particular a la filosofía antigua, su carácter de "inutilidad". Lo cual lleva a quien filosofa a una situación de desamparo y donde sólo la búsqueda juvenilmente denodada de la sabiduría es la única que logra mantenerlo en pie.

Nosotros que, tal vez, nos encontramos en una situación similar a los griegos de finales del siglo V y principios del IV a. C., debemos comenzar con la reconstrucción, debemos tomar conciencia y dejar de lado la autosuficiencia de la razón adulta y moderna que mide, cuantifica, numera y obtiene utilidad de las cosas y preocuparnos, como diría Sócrates, no tanto, ni en primer término, por la fortuna como por la perfección del alma. ¿Estaremos espiritualmente capacitados para tan grande empresa?

II. EL RETORNO A LAS FUENTES

Se hace necesario un retorno meditado a las raíces de nuestra cultura, no ya para adornar el espíritu sino en realidad para alimentarlo, tomar en serio la búsqueda de la sabiduría y el desarrollo de la razón humana que de ella derivó, para restituírnos a nosotros mismos, a nuestro espíritu, cuya conquista es el único quehacer del hombre, la única cosa que le sea útil de verdad, porque es la única saludable para el alma.

Bajo el cielo diáfano de Grecia se puede percibir la sobriedad y serenidad del pensamiento. Así, por ejemplo, vemos a Sócrates caminando y dialogando con sus discípulos por las calles o los gimnasios de Atenas, disfrutando del cultivo del cuerpo y del alma. Por esas calles va el maestro enseñando que filosofar es aprender a morir, que sabe más de una cosa quien posee su esencia, y que, si no se reconocen y distinguen las esencias, nadie es nadie y es nada. Es una escuela de la verdadera libertad que enseña a cada uno de los futuros ciudadanos a no reservarse nada, ni su alma, ni su cuerpo, ni sus riquezas, con exclusividad. Una dura escuela donde se aprende a vivir una muerte justa, generosa y soberana.

Séneca, exhorta a dialogar con estos sabios del pasado diciendo que

"...estos te proporcionarán un camino hacia la eternidad y te alzarán a un sitio de donde a nadie echan abajo. Este es el único método de extender nuestra condición de mortales y hasta de transformarnos en inmortales" (Séneca, 2010, p. 44).

Por eso es bueno retornar a las fuentes, es bueno saber de dónde venimos, porque no somos sólo presente o futuro, somos también pasado. En magnífico párrafo sintetiza Jaeger la imperiosa necesidad de volver a contemplar la vida desde límpido cielo de Grecia:

"Precisamente, en un momento histórico en que la razón misma de su carácter postrimero, la vida humana se ha recludo en su costra, en que el complicado mecanismo de la cultura deviene hostil a las cualidades heroicas del hombre, es preciso, por una necesidad histórica profunda, volver la mirada anhelante a las fuentes de donde brota el impulso creador de nuestro pueblo, penetrar en las capas profundas del ser histórico en que el espíritu del pueblo griego, estrechamente vinculado al

nuestro, dio forma a la vida palpitante que se conserva hasta nuestros días y eternizó el instante creador de su irrupción"
(2010, p. 7).

Es acuciante el examen de la propia mentalidad, de nuestra manera de ver y entender el mundo y la vida. Vivimos un tiempo en que el hombre es reducido a sus circunstancias a lo superficial. A un sabio griego jamás se le hubiera ocurrido esto, antes bien se demoraba en lo eterno y profundo que hay en el hombre: *"...la pedagogía clásica está enfocada hacia una formación totalizadora, [...] cuerpo y alma, sensibilidad y razón, carácter y espíritu"* (Marrou, 1985, pp. 286-287). Buscaban formar el ejemplar óptimo, el más excelente, el más acabado, el más perfecto (Cfr. Jaeger, 2010, p. 7):

"...mi único objeto ha sido procurar a cada uno de ustedes, atenienses, el mayor de todos los bienes, persuadiéndolos de que cuiden de ustedes mismos antes de que las cosas que les pertenecen, a fin de hacerse más sabios y más perfectos"
(Platón, 2007, 36c-d).

La educación clásica griega busca formar al hombre en *"...un estilo de vida conforme a una norma ideal"* (Marrou, 1985, p. 289). Su ejemplo cumple aquí, siguiendo a Marrou, un alto valor ejemplarizante. Son estos motivos por los que podemos decir junto a Karl Jaspers que

"...estamos ciertamente mucho más adelantados que Hipócrates, el médico griego; pero apenas podemos decir que estemos más adelantados que Platón. Sólo estamos más adelantados en punto al material de los conocimientos científicos de que se sirve este último. En el filosofar mismo, quizá apenas hayamos vuelto a llegar a él" (1978, p. 7).

CONCLUSIÓN

La Antigüedad Clásica Griega es, para todo aquel que se interese en conocer la fuente de nuestra cultura, paradigmática. No puede resultar indiferente para nuestra cultura moderna, pues nos hace recordar los orígenes directos de nuestra propia tradición pedagógica. No se trata de idealizar una época que, como todo lo humano, no estuvo exenta de yerros. Pero quien demore la mirada serenamente en dicha época, y desee abandonar *"...la idea de un adiestramiento según ficciones exteriores y reflexione sobre la esencia propia de la educación"* (Jaeger, 2010, p. 11), advertirá la necesidad de volver a ella para hallar una orientación. Por ello, y después de todo lo expuesto, convencidos de lo que acabamos de exponer, es que consideramos indispensable y urgente retomar el camino de la indagación acerca de aquel pasado que pervive espiritualmente en el presente como una forma de rastrear respuestas a la multitud de preguntas de la actualidad educativa.

NOTAS

¹ Más allá de esto, el mito (*mythos*) tiene una importancia fundamental. No es solamente una narración fabulosa, sino que es la palabra divina revelada en la palabra humana. Como acontece en Platón, por medio del mito se puede expresar aquello que la pura razón no puede aprehender ni expresar (Cfr. FERRATER MORA, 1964a, p. 210).

BIBLIOGRAFÍA

- Abbagnano, Nicola y Visalberghi, A.** (1988). *Historia de la pedagogía*. España, Fondo de Cultura Económica.
- Cavallé, Mónica** (2012) *La sabiduría recobrada*. Filosofía como terapia. Barcelona, Kairós.
- Coutel, Charle** (2006) *¿Por qué aprender?* Buenos Aires, Ediciones del signo.
- Hadot, Pierre** (1998) *¿Qué es la filosofía antigua?* México, Fondo de Cultura Económica.
- Jaeger, Werner** (2010) *Paideia. Los ideales griegos*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Jaspers, Karl** (1978) *La filosofía*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Kitto, H.** (1984) *Los griegos*. Buenos Aires, EUDEBA.
- Marrou, Henry** (1985) *Historia de la educación en la antigüedad*. Madrid, Akal.
- Martí García, Miguel** (2006) *El tiempo, su paso por la existencia humana*. Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias.
- Platón** (2007) *Apología*. Madrid, Gredos.
- Reale Giovanni y Antiseri, Darío** (1995) *Historia del pensamiento filosófico y científico*. Antigüedad y Edad Media. Tomo I, Barcelona, Herder.
- Reale, Giovanni** (2000) *La sabiduría antigua, terapia para los males del hombre de hoy*. Barcelona, Herder.
- Séneca, Lucio** (2010) *Sobre la brevedad de la vida*. Andalucía, Junta de Andalucía.